

movimiento literario como en el político de su siglo. Fué, sin embargo, más profesor que educador, que se dirigía no tanto al corazón como á la inteligencia; pero asombró á sus contemporáneos por la variedad de su erudición y por un talento de palabra en que se admiraban principalmente la claridad y la elegancia. La escuela del Bec debióle su auditorio cosmopolita, en el que se formaron sabios y teólogos como San Anselmo é Ibo de Chartres, historiadores como Eadmer y papas como Alejandro II. El mismo Papado dió á esta escuela la consagración más brillante cuando en 1071 Alejandro II, levantándose para salir al encuentro de Lanfranc, que entraba en el salón de audiencias, dijo á los presentes: «Este honor no va dedicado al arzobispo de Cantorbery, sino al maestro de la escuela del Bec, á cuyos pies me he sentado con los demás estudiantes.»

En efecto, nobles y clérigos, ricos y pobres, sentábanse en los mismos bancos y recibían las mismas lecciones. En las escuelas rurales, prescripciones muy antiguas recomendaban al pároco que instruyera con igual cuidado y «á título gratuito» á los niños de todas condiciones. En teoría la Iglesia encargaba á los profesores, aun á los de las grandes escuelas, que no exigieran salario alguno; pero en la práctica hacíanse algunas distinciones: las escuelas de abadías daban y podían dar la instrucción gratuita, porque la condición del profesor, que era monje y estaba sometido al voto de pobreza y tenía asegurada su subsistencia, permitía y hasta imponía este desinterés; las escuelas episcopales no reclamaban estipendio á los clérigos de familias pobres, pero sí lo pedían á los jóvenes nobles. Esta exigencia era legítima, pero acabó por traspasar los límites justos, llegando los profesores en boga á hacerse pagar muy caros por los alumnos de todas categorías, lo cual indignaba á los monjes, poco indulgentes con el clero secular.

De todos modos, la Iglesia del siglo XI hizo partícipe á un gran número de personas de los beneficios de la instrucción gratuita, y aún fué más allá en este camino de liberalidades, puesto que invitaba al cuerpo docente á que proporcionara medios de subsistencia á los escolares que carecían de ellos. Fulberto de Chartres escribía á su discípulo Hildegario: «Cuida de que tus alumnos no padezcan hambre ni carezcan de ropas.» El biógrafo de Guillermo de San Benigno asegura que «en las escuelas de Fecamp, no sólo recibían uniformemente de limosna las lecciones, así los siervos como los libres, lo mismo los ricos que los pobres, sino que además muchos estudiantes sin recursos eran mantenidos por cuenta de la comunidad.»

Si hubiéramos de juzgar del renacimiento de los estudios en el siglo XI por el número de escuelas célebres, por la afluencia de escolares y por la admiración que éstos sentían por sus maestros, nos formaríamos una idea muy exagerada del valor de aquella enseñanza. La distinción en tres categorías sobre la cual descansa nuestro sistema de instrucción pública es una concepción enteramente moderna. En las escuelas diocesanas y abaciales se daba una verdadera enseñanza primaria á los clérigos, á menudo entrados en años, que á ellas iban á comenzar sus estudios. Por otra parte, no se establecía ninguna separación entre la segunda enseñanza y la enseñanza superior, sino que el estudiante pasaba

de una á otra insensiblemente. Muchos de los puntos de gramática, de retórica, de dialéctica, de aritmética y de geometría, que constituían el fondo de la enseñanza en Reims ó en Fleuri, figurarían hoy en el programa de nuestros liceos. No todos los estudiantes llegaban á la teología, que era el remate del edificio escolar, sino que la mayor parte se contentaban con el conjunto de conocimientos que constituían el «trivium» y el «quadrivium», es decir, las artes liberales.

La base de la enseñanza pública en las grandes escuelas eran: la gramática, la retórica y la dialéctica ó lógica, que formaban el «trivium», y la aritmética, la geometría, la astronomía y la música, que componían el «quadrivium.» Esta organización databa de la época carolingia y debía subsistir durante toda la Edad media. Poco después del año 1000, no se encontraba frase más expresiva para encomiar la ciencia de Abbón, abad de Fleuri, que decir que se apoyaba «sobre las columnas de las siete artes;» pero esta imagen magnífica no debe deslumbrarnos, ya que la enseñanza consistía principalmente en la lectura y el comentario literal de un cierto número de autores latinos ó traducidos del griego al latín.

La mayoría de los profesores apenas trataban las materias literarias ó científicas «ex profeso», es decir, según sus propias ideas; no daban cursos personales, originales, sino que se limitaban á leer algunas obras consideradas como fuentes de la ciencia, exponiendo sobre los pasajes difíciles las explicaciones indispensables. Para enseñar gramática, leíanse los libros de Donato sobre las ocho partes del discurso y sobre el barbarismo, y las obras de Prisciano; la retórica se aprendía en los tratados de Cicerón, de Severiano y de Capella; la dialéctica en ciertas obras (traducidas en latín) de Pórfiro y de Aristóteles y en los tratados de lógica de Boecio; la aritmética en los tratados de Boecio y de Capella; la música en el *De musica*, de Boecio; la geometría en las obras de Frontin, de Columela y de Gerberto, y la astronomía en el *Poeticon astronomicon*, de Hygin, y en las tablas (en latín) de Ptolomeo.

Este sistema de enseñanza por la lectura era árido, llano, casi infantil y tenía el grave defecto de no desenvolver ni la personalidad del maestro ni las cualidades naturales del estudiante, cuya labor personal reducíase casi exclusivamente á la fabricación del verso latino, imitado del antiguo ó rimado ó acentuado al estilo moderno, y á los ejercicios de estilo epistolar y oratorio. Su conocimiento de los autores clásicos era en extremo incompleto y limitado; en general, era para ellos letra muerta el griego, que los grandes eruditos de aquel tiempo, Gerberto, Abbón y Fulberto, no conocían, y los autores helénicos, pocos en número, no llegaban hasta ellos sino por medio de traducciones latinas de dudosa exactitud. El contacto directo con la antigüedad romana no existió, al parecer, ni siquiera para la inmensa mayoría de las personas instruídas, las cuales entreveían las obras maestras de la poesía y de la prosa latinas al través de las glosas y de las citas de los gramáticos de la decadencia. El escritor más leído, el más comentado, el más admirado, es Boecio, intermediario universal, fuente de toda ciencia, oráculo de quien no se duda.

El carácter enciclopédico de aquel renacimiento causa al pronto sorpresa en nuestro ánimo; pero el error

dura poco, pues en seguida se advierte que lo que aquellos vastos conocimientos ganan en superficie lo pierden en profundidad. ¡Y cuántas lagunas no vemos en ellos! La historia, como materia de enseñanza incluída en la gramática ó en la retórica, existe apenas; la filosofía viene comprendida casi por entero en la lógica y se inspira en un criterio estrecho, siendo una gimnasia más atenta á las palabras que á las ideas, juego de mano con formas vacías; la ciencia del derecho, que se enseña en un número muy reducido de escuelas, es rudimentaria y no produce todavía más que vocabularios ó tratados elementales de derecho romano; y la misma ciencia canónica, viciada por la intrusión de las falsas decretales, permanece en la infancia. El tratado de Abbón sobre los deberes de los clérigos no es sino un centón mal confeccionado; los canonistas del siglo XI son italianos ó alemanes, y será preciso esperar á Ibo de Chartres y los comienzos del siglo XII para encontrar en Francia un verdadero profesor de derecho eclesiástico.

La medicina, circunscrita al conocimiento de algunas recetas, es puro empirismo inspirado en Hipócrates y en Galeno, y las fórmulas y los medicamentos prestábanse como cosas preciosas, del mismo modo que se prestaban los manuscritos. Fulberto de Chartres, antes de ser obispo, preparaba ungüentos para sí y para sus amigos: «Ahí van, escribía, tres pociones de Galeno y otra tanta triaca; en vuestros antidotarios encontraréis la manera de tomarlas. Os mando también el vomitivo que me habéis perdido. Os aconsejo más bien la raíz de valeriana ó mejor aún píldoras laxantes, de las que os ofrezco noventa.»—«Esta poción que os envía el obispo, escribía Hildegario al obispo de Laón, la tomaréis en agua caliente antes de que amanezca; esta noche no cenaréis y al acostaros echaréis en la taza en que la poción se enfriará, sal gema ó, á falta de ésta, una pulgarada de sal molida.»

Los hombres de aquel tiempo que tenían algunas nociones elementales de aritmética y de geometría y que sabían hacer las cuatro operaciones sirviéndose de la tabla de cálculo, el ábaco, excitaban la admiración general. Raimbaud de Colonia y Rodolfo de Lieja, dos alumnos de Fulberto y de la escuela de Chartres, sostienen entre sí una correspondencia animada para ponerse en condiciones de comprender los datos de Boecio en materia de matemáticas: el uno demuestra á su amigo que los tres ángulos de un triángulo equivalen á dos ángulos rectos, y el otro se esfuerza en demostrar que el triángulo es igual á la mitad de un cuadrado cortado por una diagonal.

Para formarse juicio acerca de lo que era la ciencia en aquella época, basta ver lo que era Gerberto, el sabio más grande del primer período capeto.

Gerberto, á quienes algunos presentan equivocadamente como un pensador de ideas originales y profundas, fué ante todo un profesor erudito á quien se le ocurrió sintetizar las ideas y las nociones tomadas de la antigüedad sagrada y profana, para constituir con ellas un cuerpo de doctrinas.

Su filosofía, bastante poco personal, consistió principalmente en estudiar las categorías, el género y la especie, según las teorías de Pórfiro y sus comentaristas antiguos; explicaba los *Tópicos* de Cicerón y los tratados de Boecio sobre el silogismo, la definición y la división,

y conoció por el Timeo la doctrina platónica. Sábese que se pasó un día entero discutiendo con otro sabio, Otrico, y en presencia del emperador Otón II, el problema de si la física está subordinada á las matemáticas como la especie al género. Compuso un tratado de dialéctica quintaesenciada (el *Libellus de rationali et ratione uti*) para demostrar cómo es posible decir que el hombre racional usa de la razón. Los alejandrinos, Juan Scot Erigeno y Boecio le han proporcionado casi todos los elementos de sus teorías; pero supo hacer un conjunto metódico de lo que tomaba de los demás y tuvo hasta cierto punto la idea de la unidad de la ciencia.

En materia de retórica gustábale poner directamente á los alumnos en presencia de los autores latinos, cuyas obras hacía buscar y copiar con celo infatigable. Esta caza de manuscritos constituía en él una verdadera pasión, para satisfacer la cual gastó, sin contar lo que le costaba, una gran parte de su fortuna, haciendo que sus amigos y *ojeadores* escudriñaran las bibliotecas de Roma, de Italia, de Alemania y de Bélgica, mandando sacar copias en todas y reclamando violentamente las obras que prestaba y no le eran devueltas. Entusiasta de la antigüedad, como lo serán los humanistas del Renacimiento, sintió siempre como éstos el amor al libro y tuvo la erudición enciclopédica y la costumbre de mezclar lo sagrado con lo profano. Aquel espíritu hurón y curioso de todas las cosas se adelantó á su tiempo.

Adelantóse á él también por su afición especial á las ciencias; pero en este punto es preciso no incurrir en exageraciones. En aritmética vulgarizó, no inventó, el uso del ábaco, procedimiento material que se remonta á Boecio y á los latinos; no conoció, según parece, el empleo del cero ni la fracción decimal, ni trajo de Córdoba, en donde jamás estuvo, las supuestas cifras árabes de que ya en el siglo V se servía el Occidente; pero cuando menos enseñó á sus contemporáneos á verificar en poco tiempo multiplicaciones y divisiones muy complejas, lo cual no deja de tener su mérito.

En punto á la música, el historiador Richter, su discípulo, parece atribuirle estudios teóricos acerca de la distinción y clasificación de los sonidos. Gerberto conocía indudablemente las reglas elementales de la armonía y los procedimientos de construcción de órganos; pero no se ve que la música le deba ningún progreso notable. Su geometría, formada únicamente por aplicaciones prácticas, consiste principalmente en la ciencia de la agrimensura y está en gran parte tomada de los *agrimensores* romanos, y su astronomía se reduce únicamente al arte de construir esferas macizas y huecas en las cuales consignaba los datos más sencillos de la cosmografía.

Ese hombre, á quien la Edad media consideró como innovador potente, de genio sobrehumano y diabólico, al fin y al cabo no inventó nada. Basta, para su gloria, el haber sido el precursor de aquellos clérigos de los siglos XI y XII que han restaurado las letras y las ciencias, creado ó reavivado los focos de estudios y propagado la luz por medio de la enseñanza; pero la luz es débil, la enseñanza carece de originalidad y de elevación, y la ciencia peca de superficial y tímida. Existe un progreso respecto del período anterior, mas hasta la época de la primera cruzada no se iniciará una fase decisiva en el desenvolvimiento intelectual de la nación.

III.—El libre pensamiento (1)

Lo que más le falta á la idea es independencia, muy difícil de conquistar en un tiempo en que la omnipotencia de la Iglesia dimanaba, no tanto de las instituciones establecidas, cuanto de la profundidad del sentimiento religioso y de la intensidad de la fe. El clero debía preocuparse ante todo de conservar intactas las creencias populares: en el siglo XI pudo, sin grandes esfuerzos, continuar siendo señor absoluto de las inteligencias, pues ningún peligro serio amenazó á la Iglesia en su dogma, ni en su jerarquía, ni en la organización íntima de su sacerdocio. Y sin embargo, aquel siglo, tan cándidamente sumiso de pensamiento y de corazón, vió surgir las primeras reacciones contra la tradición y la autoridad; inicióse en él un movimiento de oposición, pero las tentativas de resistencia ó de ataque fueron vanas, habiendo registrado los cronistas aquellas rebeliones como fenómenos extraordinarios que excitaron la curiosidad de las masas cristianas sin conseguir quebrantar sus convicciones.

Las manifestaciones dirigidas contra el principio de la revelación y de la esencia misma de lo sobrenatural son raras; en nuestras más antiguas canciones de gesta, como la de Raúl de Cambrai, la palabra impía es simplemente un arranque, hijo de la cólera de un caballero medio salvaje. La historia nos ofrece aún menos que la literatura el tipo del barón blasfemador y descreído; esto no obstante, en Raúl Glaber puede verse la extraña figura de un conde de Sens, Rainard, que *judaisaba*, cometía actos de irreverencia durante la misa y escupió un día en el rostro á su arzobispo. La prolija indignación de Guiberto de Nogent nos suministra muchos más datos acerca de Juan I, conde de Soissons, protector de judíos y herejes y acusado de hablar de Jesucristo en los términos más criminales, el cual detestaba á los sacerdotes hasta el punto de decir en su lecho de muerte al clérigo que le velaba: «Quieres que dé mis bienes á los parásitos, es decir, á tus semejantes; no tendrán ni un óbolo.» Si iba á los templos en las grandes solemnidades, era, según confesión propia, «para ver á las mujeres bonitas que en ellos pasaban la noche.»

La mayoría de las veces, en el siglo XI, es el herejarca un clérigo que se opone á la tradición por su modo de comprender el dogma ó de juzgar las instituciones de la Iglesia. No es por incredulidad, sino por exceso de religiosidad, por lo que abandona el camino trillado, y por querer volver las costumbres y la disciplina á la edad de oro de la era cristiana. Su herejía

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Pfüster, *Robert le Pieux*, capítulo IV. Doellinger, *Beiträge zur Sektengeschichte des Mittelalters*, 1890. Harnack, *Lehrbuch y Grundriss der Dogmengeschichte*, 1888-1890. Reuter, *Geschichte der religiösen Aufklärung im Mittelalter*, 1875-1877. Schmidt, *Histoire et doctrine de la secte des Cathares*, 1849. Charles Molinier, *L'hérésie et la persécution au XI^e siècle*, en la «Revue des Pyrénées», 1894. Vacandard, *Les origines de l'hérésie albigeoise*, en la «Revue des Questions historiques», tomo 55. Havet, *L'hérésie et le bras séculier*, en la «Bibliothèque de l'École des Chartes», 1880. Sudendorf, *Berengarius Turonensis*, 1850. Delarc, *Les origines de l'hérésie de Berenger*, en la «Revue des Questions historiques», tomo XX, 1850. Schwabe, *Studien zur Geschichte des zweiten Abendmahlstreites*, 1887. W. Bröcking, *Bischof Eusebius-Bruno von Angers und Berengar von Tours*, en la «Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft», tomo XII, 1895.

procede de la escuela, pues él es retórico, erudito ó teólogo y recluta sus primeros discípulos entre los frailes y los clérigos que asisten á las aulas. En 991, en la ciudad de Reims, capital eclesiástica y escolar de Francia, aparece el indicio más antiguo de una doctrina heterodoxa. Gerberto, ya arzobispo, hace una declaración solemne en que repudia claramente, rechazándolas una á una, todas las opiniones contrarias á la fe. Esto prueba que se profesaban á su alrededor.

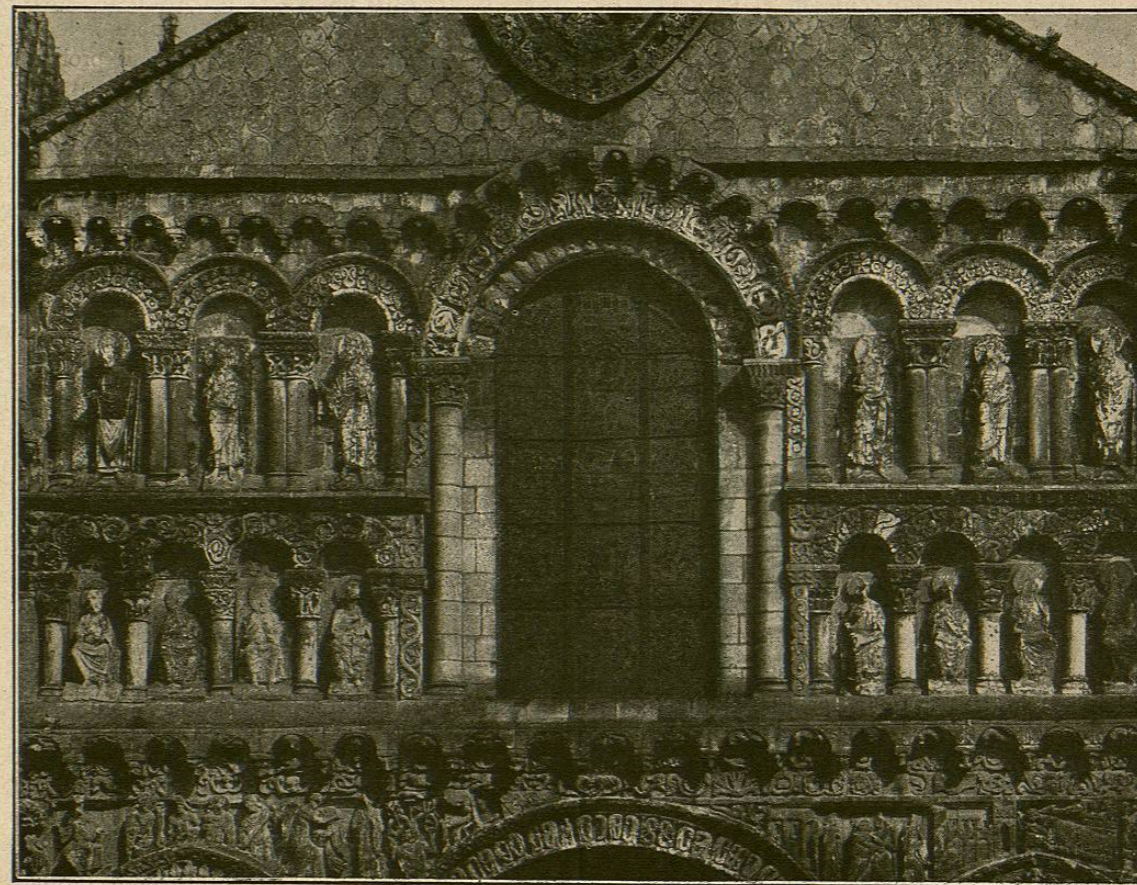
Parece que la corriente herética se propagó, á principios del siglo XI, por las principales ciudades del Norte de Francia. Se la advierte en Arras en 1025, en la diócesis de Chalóns entre 1042 y 1048. La región del Loira y la del Garona padecen también muy pronto sus embates. En Orleáns se nota la herejía en 1022, en Limoges casi al mismo tiempo, en Tours y Tolosa algo más tarde. Gauzlin, el bastardo de Hugo Capeto, que era arzobispo de Bourges, se creyó obligado, en 1013, á hacer una declaración ó profesión de fe parecida á la de Gerberto. Los concilios de Reims (1049) y de Tolosa (1056), que muestran el mal, no parecen dispuestos á remediarlo activamente.

La tentativa de Berenguer, el maestrescuela de San Martín de Tours, fué un acto de oposición aislada, cuyas consecuencias sólo se dejaron sentir en los centros escolares. Discípulo de Fulberto de Chartres, encargado de la escuela de Tours hacia 1031, nombrado archidiacono de Angers en 1040, este teólogo empezó siendo una de las glorias de la Iglesia. A todos edificaba con su ejemplar conducta. Su reputación, sus cualidades seductoras de hombre y de profesor multiplicaban el número de sus discípulos y le procuraban, como ya hemos dicho, amistades poderosas. Pero bien pronto saben los fieles que el célebre doctor ha profesado y publicado opiniones contrarias á la creencia general. Duda del valor de la autoridad, hace una elección entre los Padres y se decide por San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo, y propaga las ideas, racionalistas en el fondo, de Scot Erigeno. Se le acusa de rechazar, como los maniqueos, el bautismo de los niños y el matrimonio. Tampoco acepta la doctrina tradicional sobre la Eucaristía, la idea de la transubstanciación. Niega que el verdadero cuerpo y la verdadera sangre de Cristo sean recibidos por los fieles que comulgan con el pan y el vino. Según él, esta transformación no se opera realmente, sino que es una ficción del espíritu (*intellectualiter*).

Atacado vivamente, se defiende primero con energía, trabaja para buscar prosélitos y contesta á la escuela del Bec y á Lanfranc, tratando de convertir á su doctrina al joven duque de Normandía, Guillermo el Bastardo. La corte de Roma se asusta de tal audacia y quiere ponerle coto. Los concilios de Roma, Verceil, París, Florencia, Tours, Latrán, Poitiers (1050-1076), condenan y excomulgan al herejarca. Sus adversarios le pintan, como es natural, con los más negros colores. Según ellos, envió dinero á muchos estudiantes pobres de todas las comarcas francesas, no por caridad, sino para que esos pícaros (*nebulones*) le crearan una insana popularidad. Guimond, obispo de Aversa, niega su talento y su ciencia. Convierte á Berenguer en un simple charlatán que dió en la herejía por despecho de haber sido derrotado por Lanfranc en una lucha dialéctica. «Adoptaba un continente teatral, dice, tomaba un aspecto de

superioridad; procuraba hacer resaltar en él cuanto el cargo de profesor tiene de brillante, sin cuidar de lo que tiene de serio. Aparecía entre sus discípulos cubierta la cabeza con un capucho, simulaba una larga meditación, y después de haber hecho desear su palabra, se expresaba con una lentitud afectada, y por medio de sus modulaciones presuntuosas engañaba á las gentes poco observadoras, á fin de ganar una reputación no merecida

presentaban amenazadoras y volviéndolas á profesar después de la tempestad. No hay quien vea claro en el caos de sus afirmaciones y retractaciones. Parece que su última abjuración en el concilio de Burdeos (1080) fué sincera y definitiva y que después de ella aún vivió ocho años en un piadoso retiro, cerca de Tours. Este innovador acaba como acabará Abelardo. Pero había dado, á intervalos cuando menos, el ejemplo del libre



Fragmento de la fachada y frontón de la iglesia de Nuestra Señora la Grande de Poitiers

de profesor insigne.» Un obispo de Langres, escribiendo á Berenguer, le reprocha «no ver lo que ven los demás, abandonar la unidad por orgullo y engreirse formando escuela propia.»

¿Será posible que alguna vez sepamos lo que fué en realidad ese maestrescuela de Tours? ¿Fué un convencido que negó un dogma esencial del catolicismo á consecuencia de sus propios razonamientos? ¿Fué un ambicioso que anhelaba notoriedad y se holgaba de pensar de un modo distinto que el vulgo y de hacerlo saber al mundo entero? Sus opiniones teológicas no eran muy originales, y él mismo reconoce en sus cartas haber seguido en su negación á Juan Scot. Lo que puede asegurarse es que ese dialéctico no tenía vocación para el martirio. ¿Cómo pudo escapar á las graves consecuencias de tantos anatemas lanzados contra sus escritos y contra su persona desde la cátedra de San Pedro? Tal milagro no se explica solamente por el apoyo que le prestaron su obispo diocesano, Eusebio Brunón, y el conde de Anjou, Godofredo Martel. Se salvó á sí mismo abandonando sus teorías cuando las circunstancias se

presentaban amenazadoras y volviéndolas á profesar del siguiente siglo.

La herejía de Orleáns, que es la más conocida juntamente con la de Berenguer, nació en la escuela capitular de Santa Cruz. Sus promotores fueron dos maestros de esta escuela, los canónigos Esteban y Lisoie; Heriberto, maestro de la escuela de San Pedro le Puellier, y uno de los altos dignatarios del capítulo de Orleáns, el chantre Teodato. La existencia de esta secta, revelada involuntariamente por un clérigo de Normandía y denunciada también por la voz pública, se le antojó al rey Roberto el Piadoso una monstruosidad intolerable. En 1022 convocó una asamblea de obispos y barones que se reunieron en la catedral; hace comparecer á los herejes encadenados y, con el auxilio de sus obispos, argumenta contra ellos durante nueve horas. Aterrorizados, pero no convencidos, los desdichados exclaman: «No habléis más y haced de nosotros lo que queráis; ya vemos á nuestro Rey que reina en los cielos; nos abre sus brazos y nos llama á triunfos inmortales concediéndonos todas las glorias de lo alto.»